



REALOJO DE LAS FAMILIAS DE O VAO Antiguos moradores del poblado cuentan sus experiencias

El testimonio de los otros realojados

“La gente merece una oportunidad en la vida. Irse de O Vao es el primer paso”, cuenta una antigua residente

Mónica Álvarez / PONTEVEDRA

La vida de verdad empezó para Asunción Díaz Pereira el día en que salió de O Vao; también una lucha continua por abrirse paso en una sociedad que la marginaba por ser gitana. Decidió abandonar el poblado cuando la mayor de sus hijas empezó a ser consciente del entorno en el que estaba creciendo. “Yo era niña con cuatro hijas, con un marido sin trabajo, y de repente me di cuenta de que tenía que integrarme pero, ¿con quién? ¿Contra quién?”.

Un pariente le dejó ocupar una pequeña casita en Saíñas, en Poio. Nunca podría haberla comprado si una mujer de Lourido no le hubiera dado su segunda gran oportunidad, un empleo como asistente doméstica. “La gente merece una oportunidad en la vida, siempre hay que empezar por algo. Irse de O Vao es el primer paso”.

Pero la adaptación no fue fácil. Pronto llegaron a sus oídos comentarios que la acusaban de trapichear con drogas, la lacra que precisamente quería apartar de sus hijas. “Cuando me enteré de los rumores, creí volverme loca. Me enfadé, tenía ganas de gritar, de preguntar quién decía eso, que lo repitiera en mi cara”.

En los momentos más duros, Asunción trataba de recordar su meta: una educación mejor para sus pequeñas. “Si no te marcas un objetivo, estás perdido. Pienso que lo fácil sería volver a O Vao porque hay que luchar contra todo”. Su experiencia le hace afirmar que, a pesar de las buenas palabras, “la sociedad no te ayuda. A mí sólo me han ayudado las personas que llegaron a



Julia Jiménez vive con su familia en Marín desde hace casi un año, cuando derribaron su chabola. / JUNIOR

conocerme, mis jefes, mis compañeros de trabajo”. El trabajo fue para ella una vía de escape, de socialización y, cómo no, de obtener el dinero necesario para vivir fuera de la “protección engañosa” del asentamiento gitano. “La necesidad agudiza el ingenio, buscaba dinero bajo las piedras, pero nunca en cosas que fueran dañinas para mis hijas o un mal ejemplo para ellas”.

Balance agrí dulce

Ahora, quince años después de haber abandonado O Vao, el balance es positivo pero amargo. “He conseguido mi objetivo en parte. Veo a mis hijas caminar por la calle al mismo ritmo que los demás, las veo un poco más preparadas para afrontar la vida, supongo que también porque han sufrido mucho. Pero que les he enseñado a no rendirse por el mero hecho de ser gitanas”. También en el terreno laboral ha obtenido logros. Próximamente abrirá un negocio de venta y cultivo de flores.

El revuelo generado a raíz del realojo de varias familias chabo-



Asunción Díaz en el jardín de su casa en Saíñas. / JUNIOR

listas en Monte Porreiro, Caritel y Boa Vista despierta sus recuerdos. No pone la mano en el fuego por nadie, pero tiene muy claro que dejar atrás el gueto es

el comienzo del cambio. “A lo mejor para apreciar una transformación hay que esperar a la generación de los hijos, pero llegará”.

Diez meses en Marín desde el derribo de su chabola

La polémica generada a raíz del realojo de seis familias de O Vao en tres municipios de la comarca era comprensible pero no predecible. Portas, San Salvador, Mollabao, Barro o Marín son algunos de los lugares que en los últimos años han acogido a residentes del poblado marginal sin conflicto social.

Hace ya casi un año que Julia Jiménez vive en Marín con su marido y sus dos hijos. Allí se mudaron cuando derribaron sus chabolas, el pasado mes de abril. Los pequeños van al colegio y los servicios sociales, tanto de Poio como del municipio en el que ahora están empadronados, les visitan y les prestan la ayuda que necesitan. El barrio es muy tranquilo y la relación con los vecinos es “buena”. El niño que vive en el piso de arriba baja todas las tardes a jugar con los pequeños y la convivencia transcurre en un clima de total cordialidad.

Pero a pesar de tener un entorno favorable, Julia considera que todavía le falta algo para lograr una integración plena: un puesto de trabajo. Ni ella ni su marido, Celso, han conseguido encontrar empleo. Esto les genera “frustración personal” y les impide mejorar su calidad de vida, ya que cuentan únicamente con una ayuda que apenas supera los 360 euros; por el alquiler de la casa pagan al mes 108. Para sus antiguos vecinos del asentamiento y para ellos mismos piden un voto de confianza, “que no nos juzguen nada más vernos”.